

# Infierno primaveral

*Jesús Vicente García*

I

Esta primavera es un infierno. Marzo, tres de la mañana, chorro de sudor, dos litros de agua más, infomerciales que se repiten una y otra vez, productos que más que milagros hacen de la madrugada una eterna espera por el nuevo día. Y yo pienso en Magdalena. Al rato la voy a ver y le pediré lo que pensé que algún día haría. A mis treinta y tres años me decidí: voy a casarme. Y no me importa lo que me digan mis optimistas amigos: que no es la mejor experiencia. Ah, pero yo estoy enamorado. Sí, así como lo digo con sus sílabas: e-na-mo-ra-do, y no es el efecto de la primavera, porque el amor no tiene estación ni mes, ni año, ni día. El amor llega y ya, igualito que la muerte, no avisa.

II

Me baño dos veces. Sábado. Medio día. Dormí menos de cinco horas. Nos la pasamos mensajeando por cel toda la noche Malena y yo. Hicimos el amor vía Movistar. Alabada sea la tecnología. Tengo 602 mensajes recibidos, 200 eróticos, 100 amorosos, y tuve que borrar como 20 de los enviados para liberar memoria. Desde las ocho de la mañana estuve con el ojo pelón a causa del bochorno. Desayuno huevos con jamón y café frío. Salgo a las calles de la Algarín y me parece que todo es hermoso. Los establecimientos de serigrafía están igual que yo, coloridos, diversos, espectaculares, con mucho movimiento, sobre todo de jóvenes, como si la serigrafía se hubiese inventado nada más para los chavos. Las parejas de novios se abrazan del talle, en tanto que del brazo que les queda libre, cargan playeras, cuadros de madera, gorras, celulares. La calle de Toribio Medina está atestada de jóvenes que van y vienen, con sus botellas de agua, entran y salen de los lugares, preguntan, observan, piden presupuestos. Y pensar que hace veinte años por estas mismas calles no había esta

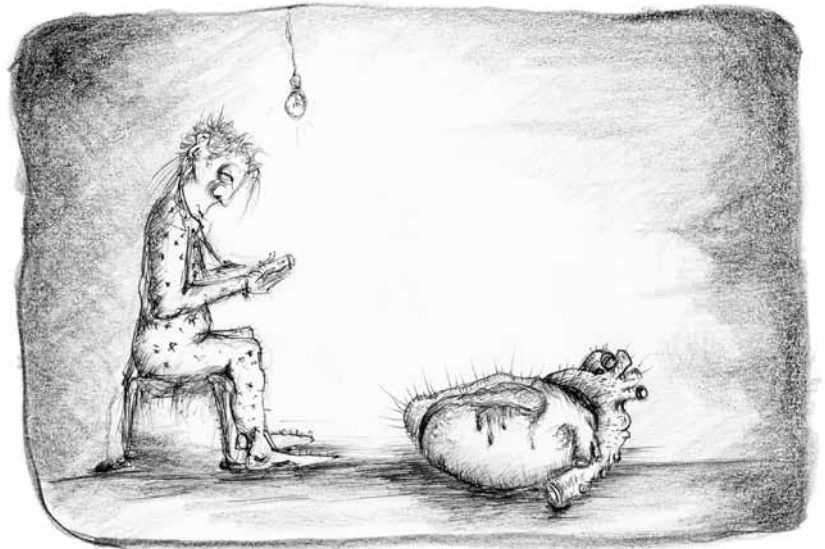


vida tan dinámica, si acaso, además de casas, un billar sobre Isabel la Católica, una cantina antes de Tlalpan, el mercado que sigue ahí y El Árbol, el primer lugar de serigrafía al que acudían todos los estudiantes de diseño gráfico: Isabel la Católica esquina con el Eje 3 José Peón Contreras. Justo cuando conocí a Magdalena. Sin celular y sin amor, pero con amistad. Los años pasan. Y conocimos hasta a las parejas que cada quien teníamos. Éramos adolescentes. Tiempo después nos encontramos, cada quien hasta con carrera, llenos de sueños, sin pareja. Y así como veo a estos jóvenes, así me vi hace tiempo. Bebo mi agua de botella. Camino hacia el microbús de Tlalpan. Rumbo a Xochimilco. Allá vive la futura dueña de mis quincenas en espera que me diga que sí.

### III

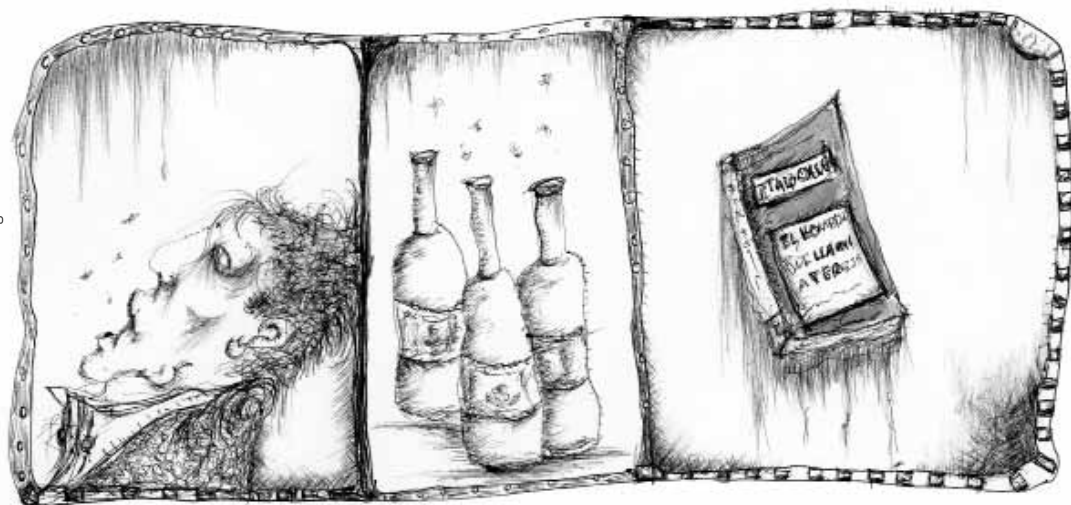
“Voy para allá, voy en Xola, amor, no tardo. Bueno, lo que se haga el pesero de aquí a allá.” Envío mi mensaje 69. Voy junto a una mujer cuarentona con playera del Cruz Azul. Intento leer algo de Italo Calvino, “El hombre que llamaba a Teresa”, que he leído mil veces. Un tipo que en la noche se para en una esquina, hace casita con sus manos y grita ¡Tereeeeeessaaaaaa! De pronto, ya hay otros solidarios gritando lo mismo. Cuando se dan cuenta que en realidad no saben quién es la susodicha, se van, pero por ahí queda un obstinado que vuelve a gritar Teresa. Un cuento con mucho sentido del humor, pero también del amor. Calvino debía estar locuaz en ese momento. Bueno, eso digo yo. Porque yo haría lo mismo. Me pararía en medio del microbús y gritaría ¡Maleeeeeenaaaaaaaa! Y que me escuche el mundo entero que la amo y que estoy dispuesto hasta a casarme. Justo cuando pienso en eso, un tipo con voz atorada en el gañote, los pelos revueltos, la mezclilla deslavada y morral cruzado al pecho cual carrillera de revolucionario, empieza a decir que él no se subió a asaltar, sino a regalar buena vibra, a saludar a la gente

para que le compren sus paletas o le den una moneda para sobrevivir. Y a cada pasajero le extiende la mano para que lo salude. Una joven se resiste. “Dame la mano, yo también soy pobre”. La pobre chava se asusta. Yo estoy enamorado y no me importa. Releo el cuento de Calvino y me río mucho. Un mensaje más a Malena, y es entonces cuando pienso cómo le voy a decir que se case conmigo, no traigo ni anillo ni flores. No importa. Eso ya es anticuado. Le diré: “Caminemos juntos la senda de la vida”. Demasiado utilizado, sobre todo por la palabra senda. “Tú y yo somos uno mismo”. Muy de Timbiriche. “Una paletita, jefecito”, y veo una mano mugrosa casi pegada a mi pecho, que además tapa mi visión de la pantalla del celular. Callo. Lo veo. “También soy pobre”, repite. Escupe al hablar.



Hasta entonces la mujer cuarentona de mi lado con playera de Cruz Azul sacude su tremendo pecho y estira su mano para saludar al tipo. Yo no. Me vale que sea pobre. Su mugre parece de días enteros. Costras. Olor a cemento. Y con este calor. Guardo mi cel. “No le voy a robar, jefe”. Sólo a mí me habla de usted y me hace sentir viejo.

Un enfrenón. El tipo va a dar al fondo del micro. Su cabeza azota contra las bolsas de una señora. Se



levanta cual resorte, le mienta la madre al chofer y le hace una soez crítica a su carencia de maestría en el arte del manejo de transporte público. Saco mi cel para decirle a mi amada que la amo, que soy capaz hasta de casarme con ella. “Eso dices porque el calor te está derritiendo los sesos”, leo su respuesta. El micro se detiene justo donde no hay sombras, antes de llegar al Estadio Azteca. El tipo se baja. Me limpio el sudor por enésima ocasión. Me llega otro mensaje. “Llego más tarde, como una media hora más, ahorita te cuento”. Me resigno. La esperanza me lleva a seguir con mis planes. ¿Cómo pedirle que se case conmigo? ¿Y si no me caso? Me refiero a no este año. La idea es que sea en julio, en el mes de nuestros cumpleaños. ¿Por qué la vida no es más fácil en momentos como estos? Debiera de parecerse al cuento de Calvino para que todos nos pongamos de acuerdo. Que los pasajeros me ayuden a decirle que se case conmigo. ¿Y si no acepta?

IV

Bar del Sanborns de Xochimilco. Calor. Mesas llenas de jóvenes. Tengo tiempo para pensar. En un mensaje me dice que llegará más tarde, contratiempo familiar. Dos cervezas más y releo a Calvino. No sé por qué, pero leerlo me da fuerza. Quisiera ser el tipo que grita, o el del otro cuento, el que por confusión se mueve tanto en el hampa como de policía, cual pez en el agua. Cada vez me pongo más nervioso. Pido una tercera cerveza y ya siento el poder del líquido. Bien. Pienso que es mejor casarse ahora, a los treinta y tres que a los treinta y cuatro. Ay Malena. Su nariz aguileña, elegante, singular, como Barbra Streisand. El mesero lleva una cuarta cerveza. Voy al baño. Siento que floto entre los

libros y la perfumería. Sonríe como un niño. Subo unas cuantas escaleras. ¿Por qué ponen los baños lejos del bar? Hay fila para orinar. Por fin. No le doy propina al de blanco, porque sé que volveré. Ya no sé si el calor es más fuerte aquí que en el bar o en la calle. Siento mi playera blanca con rojo mojada. Me echo agua en el rostro. Veo el espejo y siento como si Malena me estuviera diciendo hola. Al volver al bar, veo un libro hecho para mí: *Casarse es peligroso*, el nombre del autor no me es familiar y no me interesa saber quién es. Lo hojeo, pero no le entiendo. ¿Quién va a leer esto? Ya en la mesa, pido otra cerveza, y otra y otra. Ya no atino bien a teclear mi cel para enviar mis mensajes. “Ya voy”, leo y releo. Los nervios, el alcohol me dan valor para decirle por mensaje: Quiero que te cases... pero se me revuelve el estómago, corro por entre los libros, creo que tiro unos cuantos y algo se rompe, subo al baño, hago a un lado al de blanco, me recargo en la pared, frente a un inodoro vomito todo el desayuno. Mis ojos lloran. Todo me da vueltas. Todo se confunde. Siento que muero. Pierdo el control. Caigo al piso. Lo siento fresco. El calor aumenta. Me hundo. De pronto, una voz me dice: “¿Qué te pasó, por qué bebiste tanto? Hueles a borracho. Vomitaste la zona de revistas y rompiste un perfume, se lo tiraste a una señorita.” ¿Qué? No puedo pensar. ¿Dónde estoy? Escucho autos y siento el aire fresco por entre la playera mojada. “Vamos a que te cambies y de ahí te vas a tu casa en un taxi”. Quiero decirle algo, pero no puedo articular palabra. ¿Por qué no es más fácil la vida? ¿Por qué la cerveza me hace esto? Abro la boca. “No intentes hablar. Ay, y yo que quería que fuésemos a bailar. Esto es un infierno. ¡Qué vergüenza!”. **▲▲**